

Aspectos Sociales de la Globalización

José María Tortosa Blasco

Universidad de Alicante (España)

Resumen: La globalización es un concepto histórico e históricamente determinado, pero lo que importa es conocer ese momento histórico que le da significado ya que es de ahí de donde se podrán derivar los posibles efectos sobre los problemas sociales y las políticas sociales. Esta contribución se va a dividir en tres partes. En la primera se presentarán algunos diagnósticos sobre la coyuntura; en la segunda, se intentarán descubrir algunas realidades sociales para lo que se utilizarán los resultados de una investigación internacional; en la tercera parte se verán algunos de los efectos sobre las políticas sociales y se mostrarán algunas posibles alternativas.

Abstract: *Globalization is a concept which historically has been determined; but what matters is to know the historical moment that gives its meaning, because in that way we can understand its effects on social troubles and social policies. This paper has three parts: first, presents some diagnosis of the juncture; second, tries to discover some social realities, based on international research; and third, shows a review of social policies and some alternatives.*

La globalización se ha convertido en un término que lo abraza todo, pero también en una fuente de controversias y movilizaciones. En general, y al margen de algunas consideraciones excesivamente beatas al respecto, comienza a ser menos infrecuente la idea de que la globalización ha ido demasiado lejos (Miller, 1995: 125-144 y Rodrik, 1998: 163-212) y, en consecuencia, comienza a ser rechazada en los países centrales aunque aún se sigue predicando a los países periféricos (Krishnan, 1996: 1-22). Sin embargo, por lo que se refiere al significado del término, se ha llegado a decir que “la globalización se ha convertido en una jerga puesta de moda por periodistas y políticos y que se usa a menudo en un sentido positivo para denotar la ‘aldea global’ o el ‘libre mercado’, portadores de todo tipo de maravillas y de toda clase de posibilidades que trascienden las clases sociales, la experiencia histórica y la ideología” (Pilger, 1998: 61).

Puede decirse, de entrada, que la globalización es un concepto histórico e históricamente determinado. Refleja los avatares del momento en la trayectoria secular del sistema mundial en que se produce y también refleja los intereses de los países y grupos sociales

que juegan en él. En este sentido, lo importante no es tanto discutir conceptos. No es tan importante, una vez leído el episodio de Humpty Dumpty en *Alicia en el país de las maravillas*, intentar dejar establecido cuál es el sentido exacto de la palabra globalización: eso es cuestión de poder. Lo que aquí importa es conocer ese momento histórico que le da significado ya que es de ahí de donde se podrán derivar con mayor fecundidad los posibles efectos sobre los problemas sociales en general y sobre las políticas sociales en particular (Inayatullah, 1997: 31-37).

Por todo ello, esta contribución se va a dividir en tres partes. En la primera se presentarán algunos diagnósticos sobre la coyuntura mundial contemporánea que puedan tener particular incidencia sobre los problemas sociales y se ofrecerá un intento de síntesis. En la segunda, se intentarán descubrir algunas realidades sociales que se encuentran detrás de la “jerga puesta de moda por periodistas y políticos”, para lo que se utilizarán, fundamentalmente, los resultados de una investigación internacional –en la que he participado– dedicada a indagar sobre los usos de esta palabra (Fred W. Riggs).¹ En la tercera (sin entrar en excesivos detalles ya que juzgo que mi papel es más en el contexto que en las políticas en sí) se verán algunos de los efectos sobre las políticas sociales que ya pueden constatararse y se mostrarán algunas posibles alternativas.

Diagnósticos sobre la globalización

Es obvio que los diagnósticos referidos a situaciones sociales complejas acaban reflejando, de una forma u otra, las posiciones ideológicas previas de quien los hace. Aquí se resumen tres de ellos que, simplificando, reflejan las posiciones de derechas, izquierdas y centro en términos internacionales.

Puede comenzarse por Samuel Huntington, bien conocido por su *Choque de las civilizaciones* y su clara legitimación de los intereses hegemónicos de los Estados Unidos (Amin, 1996: 1-11). La lista de

¹ La investigación se he llevado a cabo a través del correo electrónico y ha sido coordinada, desde Hawaii, por Fred W. Riggs. Los resultados provisionales y la lista de participantes puede verse en <http://www2.hawaii.edu/~fred/glocon.htm> Aquí utilizo la versión del 15 de mayo de 1998 que cito como glocon.

elementos representativos del desorden mundial que proporcionaba en 1997 incluía los siguientes temas:

- Quiebra de la autoridad gubernamental
- Desintegración de los Estados
- Intensificación de los conflictos tribales, étnicos y religiosos
- Aparición de mafias criminales de ámbito internacional
- Aumento en decenas de millones del número de refugiados
- Proliferación de armas nucleares y de otras armas de destrucción masiva
- Difusión del terrorismo
- Frecuencia de masacres y de la limpieza étnica

Por las mismas fechas y desde la izquierda, publicaba el subcomandante Marcos (del Ejército Zapatista de Liberación Nacional) su propia lista que él aportaba como prueba de que la “cuarta guerra mundial había comenzado”. El Subcomandante (el Sub, como a veces se firma reflejando el modo con que es llamado por otros miembros del EZLN) proponía los siguientes elementos que caracterizan el momento histórico actual:

- Concentración de la riqueza y reparto de la pobreza
- Globalización de la explotación
- Migraciones, la pesadilla errante
- Mundialización financiera y generalización del crimen
- Violencia legítima de un poder ilegítimo
- Megapolítica sin racionalidad

- Reductos de resistencia (“la aparente infalibilidad de la mundialización choca con la obstinada desobediencia de la realidad”).²

Finalmente, y desde el centro (porque los organismos de las Naciones Unidas, al no poder herir las susceptibilidades de ninguno de sus miembros, acaban siendo ni de derechas ni de izquierdas), el Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD) había publicado un informe para la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social (Copenhague) con el título de *Los efectos sociales de la globalización*. El informe constaba de tres partes:

- En la primera (era global) se caracterizaba el momento actual como dominado por las fuerzas del mercado. Dicho dominio iba acompañado por la integración de las economías, el cambio tecnológico acelerado y la presencia masiva y planetaria de los medios de comunicación.
- En la segunda (*búsqueda de la identidad*) se analizaban algunas de las consecuencias de dicha era global bajo el dominio de la economía, a saber: 1. El desplazamiento de personas, fruto de las fuerzas del mercado y que las llevaría de la periferia al centro (del campo a la ciudad, del Sur al Norte), pero también el desplazamiento de los refugiados; 2. La extensión de la criminalidad, fruto de los mismos factores que las migraciones, que al alcanzar una dimensión transnacional, gracias al avance de la tecnología y el transporte, debilita las fronteras entre países y aparece como efecto no sólo de la pobreza sino también como reacción ante la marginación; 3. La presencia de las drogas de forma casi cotidiana; 4. La crisis de identidad generalizada con su doble rostro de disminuir la cohesión social por un lado y, por otro, de ser factor de disgregación si pasa a ser una excesiva sobrereacción.

² Subcomandante Marcos. *La quatrième guerre mondiale a commencé*, Le Monde diplomatique, agosto, 1997. Apareció en la edición española, pero no en la mexicana, y refleja el uso francés, y también de los puristas castellanos, al respecto: no usar la palabra globalización por considerarla un anglicismo y usar, en su lugar la de mundialización.

- La tercera parte (*aceptación de la responsabilidad social a escala mundial*) planteaba los estados de incertidumbre en la era global relacionados con la fragmentación del poder y del sentido de la responsabilidad y con el papel cada vez mayor jugado por las empresas transnacionales a las que se les da toda la libertad pensable, pero que no resultan ser responsables ante nadie.

Como ha indicado Alfonso Dubois, “la lista de lo que se consideran problemas globales es expresiva del concepto de globalización que funciona: la migración, las drogas, las enfermedades epidémicas, la seguridad o la degradación medioambiental componen el listado. Si se analizan brevemente se verá que la elección se ha hecho pensando más en los factores que afectan a la seguridad de la estabilidad hegemónica de los países desarrollados que a una auténtica concepción de problemas globales. Aspecto que queda más evidente si se tiene en cuenta el enfoque que se da a alguno de estos problemas. La droga ¿es un problema de seguridad o una necesidad de desarrollo?; la migración ¿es una cuestión de sobrevivencia para muchos países o un problema de inestabilidad social?” (Dubois, 1997: 83).

Por todo ello voy a intentar recoger los aportes de los tres enfoques reseñados para presentar mi propia versión de forma que se eviten, en la medida de lo posible, los sesgos derivados de la perspectiva, incluso espacial, desde la que se afronta la cuestión, es decir, que lo voy a hacer desde una perspectiva que se podría llamar propia del enfoque de los sistemas-mundo (Tortosa, 1997: 103-131). Por otro lado, voy a referirme sólo a lo que se podría llamar la globalización contemporánea sin entrar en otros distinguos ya abordados en otros trabajos (Tortosa, 1996 y 1997) en los que he procurado diferenciar la mundialización (que en glocon se denomina globalización histórica) y la globalización (que en glocon se denomina globalización contemporánea). También voy a prescindir de las discusiones académicas, pero también políticas, sobre los orígenes del fenómeno. Jerry Bentley (en glocon) ha intentado marcar los hitos de este largo proceso que tiene, en épocas recientes, las fechas de los “descubrimientos” de 1492, las empresas comerciales después del 1600, el desarrollo de las nuevas tecnologías de transporte y comunicación posteriores a la industrialización, la emergencia de las empresas transnacionales y la integración de la economía en el siglo XX. Los autores discuten cuándo comenzó realmente el proceso, si

hace 5000, 500 o 200 años, pero eso no es asunto que afecte a lo que aquí se discute (Tortosa, 1994: 21-38).

El punto de partida parece, con independencia de opciones ideológicas, que debería estar en la economía. Volf Heydebrand, en glocon, define la globalización económica como “un incremento de los niveles y tasas de la expansión transnacional del capital financiero (inversión directa en el extranjero e inversión bursátil), de la concentración empresarial y económica y del comercio”. Y define la actual ola de globalización económica como “la tercera fase de una expansión transnacional histórica del capitalismo industrial y financiero que comenzó en torno a 1850 en Europa y creció hasta algo así como 1913 bajo los auspicios británicos (primera fase), fue interrumpida por la I Guerra Mundial, la revolución rusa del octubre de 1917 y el subsiguiente hiato entre 1919 a 1989... y reanudó su expansión después del colapso del imperio soviético en 1989/90”.

En otros términos, se trata de ese billón de dólares, básicamente especulativo, que se mueve al día en los mercados financieros, en el flujo explosivo de inversión internacional y en la presencia de empresas de ámbito mundial con cifras de ventas superiores al Producto Interno Bruto de la mayoría de países. Flujos y empresas forman parte de la “larga marcha” del capitalismo que ya comprendieran Marx y Engels en el Manifiesto del Partido Comunista hace 100 años: se basan en la necesidad de acumular incesantemente el capital para lo cual hace falta revolucionar incesantemente los medios de producción (la “tecnología”). Desde este punto de vista, la revolución tecnológica contemporánea es un efecto y no una causa, por más que, como en el caso de las anteriores revoluciones, sea innegable el papel que tiene en la sociedad y en la economía. El resultado es el mismo: crisis periódicas en las que la importancia del capital financiero se dispara respecto a lo que se podría llamar economía real, cosa que ha venido pasando en las sucesivas fases B de los llamados ciclos Kondratiev.

El efecto inmediato en la política es previsible: por un lado, los Estados están perdiendo poder de forma real y visible (Evans, 1998: 62-88) al no ser capaces de controlar ni siquiera sus propias monedas y al tener frente así, en algunos casos, a entidades empresariales con más recursos, sin electores a quienes rendir cuentas, con una movilidad que los Estados por definición no tienen y con una bien conocida falta de

escrúpulos a la hora de practicar la corrupción internacional (Tortosa, 1998: 51-52) o a la hora de interpretar las reglas del comercio que, cuando les conviene, imponen se haga de forma fundamentalista (Barratt, 1998).

Por otro lado, todos estos factores combinados llevan a una relativa pérdida, no sólo de soberanía, sino también de legitimidad del Estado, cada vez menos visto como agente importante de transformaciones relevantes (Tortosa, 1994: 21-38) y cada vez más visto como proveedor de recursos en un contexto de cinismo político del “todo vale”. En un extraño paso del “ser” al “deber ser”, se concluye que el Estado debe disminuir (“menos Estado, más mercado”, reza el eslogan) y el Estado abandona poderes a bancos centrales, a entidades supraestatales y se rinde ante la “globalización económica”.

El efecto sobre la sociedad civil es igualmente previsible, por más que no siempre se quiera ver: si, al final, desapareciera el Estado del todo, lo que quedaría no es la llamada sociedad civil (término hegeliano para denotar lo que queda después de haber sacado el mercado y el Estado), sino las mafias, la criminalidad y el reino de las drogas. Ya con la disminución del Estado o, mejor, con su desresponsabilización, el auge de tales fenómenos es más que visible.

Por otra parte, el triunfo del “Dios mercado” (Tortosa, 1998: 33-48) tiene dos resultados igualmente perceptibles: por un lado, el incremento de las migraciones, al ser la fuerza de trabajo uno de los factores de producción que también se globaliza, y que con alta producción en la periferia, aunque con poca demanda, va al encuentro de la demanda del centro en el que hay menos producción (Pérez, 1997: 3-19). Nora Rathzel, en glocon, llega a decir que “la globalización es, básicamente, el proceso de desregulación de los mercados laborales, la desnacionalización del capital, la apertura de las fronteras a los bienes y capitales y, por otra parte, el cierre de los mismos para la gente, en particular para la gente pobre. Estos procesos económicos influyen en los movimientos migratorios a) fomentando la emigración o haciéndola necesaria, b) mejorando las posibilidades (técnicas) de cerrar las fronteras y c) incrementando el empleo de trabajadores emigrantes ‘ilegales’”. Por otro lado, el resultado es un incremento de la desigualdad entre países y dentro de los países hasta llegar a los niveles de polarización actuales documentados, entre otros, por los sucesivos Informes sobre el Desarrollo Humano del Programa de las

Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y los Informes sobre el Desarrollo Mundial del Banco Mundial.

La reacción en el terreno de la cultura es conocida: se trata de la reacción “identitaria” que abarca fenómenos aparentemente tan dispares como la explosión de los nacionalismos (Tortosa, 1996), los fundamentalismos, las sectas, los pequeños grupos cerrados bajo un líder carismático, los hooligans o las bandas, hasta cubrir lo que, en general, se podrían llamar conflictos culturales (Tortosa, 1997: 99-116) o violencias culturales (Tortosa, 1994: 217-239).

El resultado final es esta “cuarta guerra mundial” (la tercera fue, en opinión del subcomandante, la guerra fría) que incluye el auge de la violencia (doméstica, urbana, política, intergrupala, interestatal) (Fleury, 1996: 59-66) y los fenómenos de rebeldía con mayor o menor probabilidad de éxito. Selma K. Sonntag, en glocon, plantea “las preocupaciones etnoglobales de los pueblos indígenas que, durante generaciones, se han encontrado aislados y sin esperanza, como puras víctimas de los conquistadores colonizadores. Hoy se están movilizandoo como resultado de fuerzas globalizadoras que les permiten entender y defender sus posiciones por medio de nuevas tecnologías que incluyen el uso de Internet que les permite establecer relaciones de trabajo con muchas otras comunidades indígenas a lo largo de todo el mundo”. El caso del EZLN sería, a este respecto, paradigmático (Saladino, 1994 y Sandoval, 1995: 131-146).

Es cierto que se han hecho diagnósticos más benévolos e incluso optimistas (Tortosa, 1998), pero, al mismo tiempo, es difícil negar que los datos que se incluyen en éste sean empíricos.

Procesos, ideologías y definiciones de la realidad

Chris Chase-Dunn, en glocon, ha afirmado que “en lugar de clarificar los asuntos del desarrollo mundial, la palabreja [globalización] más bien ha añadido confusión y malentendidos”. Después de sugerir algunas distinciones, añade que “mientras el discurso popular inicial sobre la globalización parecía sugerir –por lo menos de manera implícita– que la globalización y el crecimiento económico mundial se producían simultáneamente, un examen más detenido revela que los diferentes aspectos de la globalización se vieron acentuados en la fase de débil crecimiento económico (1973-1992) en comparación con el auge económico de largo plazo anterior (1950-1973)... Adjjetivos como

‘desigual’ o ‘limitada’ han aparecido de forma creciente en los títulos de los trabajos académicos sobre la globalización”.

Otros autores, como Dalibor Misina (según la misma fuente), prefieren distinguir, a propósito del concepto de globalización, “por un lado, la globalización como fenómeno sustantivo y, por otro, la globalización como fenómeno conceptual. En términos generales, la globalización como fenómeno sustantivo se refiere a un conjunto de procesos sociales, políticos, económicos y culturales que han dado lugar a una todavía mayor interconexión e interdependencia del mundo...; como fenómeno conceptual, la globalización tiene que ver con las diversas formas de interpretar o teorizar en torno a los procesos de constitución del mundo como un espacio único y global o un campo global”.

Finalmente, otros, como Mustafa Koc, también en glocon, arguyen que, “como ‘proceso’ de expansión de las relaciones mercantiles a escala planetaria, la globalización no es nueva: sólo se ha acentuado en las décadas recientes. Lo que es nuevo sobre la globalización es que ha entrado en el lenguaje cotidiano como expresión de la ‘realidad’. En este sentido, la globalización no es sólo un proceso sino también un discurso que define, describe y analiza ese proceso y es la ideología neo-conservadora la que mantiene la influencia más prevalente en este debate discursivo”.

La conclusión que nos sugieren estos autores es, más o menos, la siguiente: la globalización denota procesos reales de cuya lógica hay que ser consciente ya que, de una forma u otra, afectan a multitud de campos de actuación, incluso cotidiana. A dichos procesos se ha hecho referencia en el epígrafe anterior, aunque de forma somera y tienen detrás de sí una bibliografía que crece de forma exponencial. Sin embargo, tras “globalización” también se encuentra una ideología, una forma de entender la realidad y una forma de decir lo que se debería hacer. A esa ideología prefiero, con otros autores, llamarla globalismo (Beck, 1998) aunque no se descarta llamarla neoliberalismo (Tortosa, 1997: 189-193).

En su primera acepción, la “débil”, según Norberto Bobbio, ideología implica una cierta guía para la acción. Es, según dicha acepción, “un conjunto de ideas y de valores concernientes al orden político que tienen la función de guiar los comportamientos políticos colectivos” (Bobbio, 1981). En este sentido, el globalismo es una

ideología que se acerca a lo que Ignacio Ramonet ha llamado, en frase poco afortunada, “pensamiento único”. Que “¿qué es el pensamiento único? La traducción a términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en especial, las del capital internacional” y que incluye la primacía de lo económico sobre lo político (bancos centrales substraídos de la soberanía popular y persiguiendo sus fines sin control político institucionalizado), pragmatismo, realismo, libre mercado, mano invisible, privatización, liberalización, desregulación, apertura de mercados, moneda fuerte, control de la inflación, desinterés por el desempleo (y, por tanto, por la desigualdad) etcétera (Ramonet, 1995: 58-60 y Aguirre, 1995: 78-80). En la medida en que el globalismo “receta” privatizaciones, flexibilización, estado mínimo, supresión de toda medida proteccionista, etcétera, el globalismo es una ideología en el sentido “débil”, lo cual no quiere decir que sea falsa.

En esa misma línea funcionó el “consenso de Washington” para la América Latina y que se refiere a una reunión celebrada en 1990 en aquella ciudad, en la que un grupo de expertos recomendó a los gobiernos: ejercer con disciplina el gasto público, hacer eficiente la asignación de subsidios, reformas fiscales, liberar el sistema financiero, hacer competitivo el tipo de cambio, apertura comercial, promoción de la inversión extranjera directa, privatización de las empresas del Estado, desregulación económica y vigilar la propiedad intelectual. En 1998 es el mismo Banco Mundial el que, sin cuestionar directamente tales recetas, reconoce en *Detrás del consenso de Washington: la reforma de las instituciones*, que la apertura económica, las privatizaciones y el saneamiento de estos países no han sido suficientes para disminuir la pobreza y mejorar el nivel de vida de su población. Ahora, dicen, hace falta reformar las instituciones educativas y de justicia y, en general, las del Estado.

El sentido “fuerte”, en cambio, ideología implica una cierta deformación de la realidad *pro domo sua* y tiene su origen en Marx: “falsa conciencia de las relaciones de dominación entre las clases”. Y así es también. El globalismo presenta la globalización de la que deriva sus recetas (por ejemplo, deriva, como ya se ha indicado, que el Estado debe disminuir a partir de constatar que de hecho disminuye) casi como un fenómeno natural: la globalización ha venido, nadie sabe cómo ha sido. No hay ganadores, no hay perdedores y, sobre todo, no hay agentes sociales interesados en que vaya adelante tanto el proceso

como las “recetas” que se pretende derivar del mismo. La globalización es ineludible y las recetas son, en términos de la hoy Lady Thatcher, TINA (There Is No Alternative, No Existe Alternativa). Dicho en términos muy directos, “las teorías en las que se basa la teología neoliberal tienen poca relación con la realidad” (Hobsbawm, 1995: 546). Y si el “pauperismo representa el fracaso de la utopía liberal, el fracaso del papel ejercido por el mercado autorregulado y autorregulador”, “la llamada década neoliberal ha vuelto a reproducir el viejo fracaso liberal” (Álvarez, 1992: 185-186). Un editorial del periódico *La Jornada* (29 de junio, 1998) lo exponía con claridad: “Es evidente que la visión tecnocrática y neoliberal, que deja todas las soluciones en manos de la libre actividad del mercado y que cree a pie juntillas que el desarrollo es sólo crecimiento económico y que la riqueza de los pocos de arriba goeteará hacia abajo, está fracasando y creando graves peligros”.

Tendría que estar claro que la explosión de la economía financiera ha tenido detrás decisiones políticas de los países centrales, cosa que, de hecho, comienza a documentarse con una cierta base empírica (Helleiner, 1994; Weiss, 1997: 3-27). Y no tendría que ser difícil constatar que el proceso de globalización está consolidando lo que se ha dado en llamar una cosmocracia, al tiempo que consolida la estructura centro/periferia tanto a escala mundial como dentro de los distintos Estados. En otras palabras, habría por lo menos que plantear la pregunta de si el globalismo no será el nuevo nombre del imperialismo, es decir, una nueva legitimación del viejo proceso de expansión del sistema-mundo capitalista y de incorporación de nuevas zonas (Tabb, 1997: 20-30). Todo esto es lo que oculta el globalismo o, por lo menos, declara irrelevante.

Llámeselo globalismo, neoliberalismo o “pensamiento único”, el caso es que esta percepción de la realidad acaba convirtiéndose en parte de la realidad misma. Es el conocido “teorema de Thomas” según el cual “si los actores sociales definen una situación como real, ésta será real en sus consecuencias”. Tampoco este proceso es “natural” sino que refleja, por parte de actores sociales bien concretos, proyectos de construcción de la opinión pública conscientes y muy estructurados que no sólo incluyen los mecanismos de promoción de las ideas globalistas que ha descrito Susan George (1996: 16-17), sino que también llevan implícitos métodos de demonización de quienes muestren opiniones contrarias y que serán tachados de reaccionarios,

“jurásicos” aislacionistas, luditas, ignorantes, desfasados, poco enterados, etc.³

Como dice Jan Currie (en glocon), “cuando la mayor parte de instituciones gubernamentales y políticos hablan con una sola voz que sugiere que las prácticas de la globalización son la única respuesta para todas las naciones (...); cuando las agencias supranacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y los gobiernos, en particular los gobiernos anglo-americanos, han estado insistiendo en que las economías han de ser desreguladas, los servicios sociales privatizados y los gobiernos reducidos en poder y tamaño, es difícil que los individuos piensen que los trabajadores no tendrían que ser despedidos, que no tendríamos que pagar por los servicios que el Estado proporciona y que los impuestos no tendrían que aumentarse. Todas estas ideas se han convertido casi en sentido común y no son desafiadas con facilidad”.

Tal es así, que, para cuando algunos gobernantes dicen que la política social deberá darse “no como producto de una ideología o de un fundamentalismo economicista, sino por su eficacia probada, tanto en el país como en todo el mundo”, (La Jornada, 12 de Mayo de 1998) hay razones más que de peso para pensar que quieren decir lo contrario, de nuevo como en el 1984 de Orwell.

Efectos sobre las políticas sociales y alternativas

Aunque el problema es, obviamente, planetario, puede resultar interesante que nos situemos ahora en el contexto de los países de la OCDE y en el terreno que aquí nos ocupa.

El problema puede plantearse, en primer lugar, presentando las políticas sociales “en un contexto global” que, en realidad, lo que expresa es un proceso de internacionalización de la oferta y la demanda de tales políticas.⁴ En segundo lugar, puede plantearse presentando los efectos derivados de procesos más amplios como la aparición del

³ Ver Moore, R.K. “Closing the Information Highway” en <http://cyberjournal.org/cadre/PPI-archives>. Algunos ejemplos: Corral, 1997; Torres, 1997; Leon, 1997.

⁴ No es un problema sólo europeo. (ver Casilda, 1996; VV.AA., 1996a y Rodríguez Peñaloza, 1996)

Estado en general y del Estado del bienestar en particular en términos de la globalización histórica unida a la globalización contemporánea (Tortosa, 1996: 101-116 y Rodríguez, 1996: 11-30) que es la que se ha estado presentando y discutiendo ahora. Finalmente, lo que puede hacerse es ver qué efectos inmediatos parece tener la globalización sobre las políticas sociales en general.

Siguiendo a Vic George (1998: 17-36; Svalfors, 1997: 283-304), la paradoja de la política europea contemporánea (y puede ser generalizada al resto del países de la OCDE) estriba en que la opinión pública, en general, es favorable al Estado del Bienestar y no desea, para nada, sus recortes. Estas actitudes son particularmente observables en los electorados de izquierdas al igual que en las organizaciones sindicales (Cadena, 1996). Sin embargo, los gobiernos, sin distinción ideológica, han tendido en los últimos diez años al desmantelamiento del Estado del bienestar pasando del modelo expansivo socialdemócrata al contractivo neoliberal (Tortosa, 1998: 185-198). Las políticas más generalizadas incluyen, siempre según Vic George, las reformas fiscales en términos de políticas regresivas e impuestos indirectos, la revisión de las condiciones de acceso a seguros (enfermedad, desempleo, invalidez), la reducción de presupuestos en su rubro social, el aumento de medidas tendentes a que el beneficiario pague por los servicios, la ralentización (si no congelación) del sueldo de los funcionarios y, en general, las privatizaciones también de servicios sociales.

La razón que se aduce es común a todos los casos y tiene que ver con esa pérdida real de poder por parte de los respectivos Estados frente a los movimientos financieros y a las multinacionales a los que ya se ha hecho una referencia. El reto que afrontan los Estados es el de no cargar con gastos sociales la ya maltrecha competitividad de sus mercados, el de fomentar la llegada de capitales mediante legislaciones benévolas y el de gestionar que si el sector financiero es global, no lo es el de la fuerza de trabajo. Pero si lo dicho hasta ahora es cierto, tendría que aparecer, de inmediato, una pregunta de si no se tratará, más bien, del efecto del globalismo y no del efecto de la globalización.

Con independencia de la respuesta que se dé, sí parece verosímil que la globalización, como proceso real, es un factor de polarización social (ricos más ricos y pobres más pobres, aplicado tanto a países como a grupos sociales dentro de los mismos) (Krugman, 1995) y que

las políticas sociales puestas en práctica siguiendo las recetas globalistas no hacen sino acentuar dicha polarización tanto si se ve desde la perspectiva de los países del centro como de la periferia (Olson, 1996: 3-24). Una fuente tan poco sospechosa de antiliberalismo como es *The Economist* se preguntaba por la desigualdad en el mundo y se respondía sin darle más vueltas: “Una buena parte de la respuesta reside en las políticas liberales adoptadas en muchos lugares del mundo en los últimos 15 años” (*The Economist*, 1994: 13). Así de claro y con independencia de qué se piense sobre la globalización.

Frente a esto, las políticas globalistas se presentan una vez se ha culpabilizado a la víctima: la causa de la pobreza es, por un lado, que los pobres no quieren dejar de serlo y, por otro, que la intervención del Estado les ayuda a seguir siéndolo (Tortosa, 1993). En esto hay una notable coherencia ya que, con un sencillo cambio de palabras, no sólo tenemos la descripción de los factores de empobrecimiento dentro de una sociedad sino también los que separan a países ricos de países pobres: la causa de su pobreza sería, entonces, que las élites de los países pobres (corruptas, ineficientes, autoritarias etc.) no quieren que sus países dejen de ser pobres, razón por la que la ayuda al desarrollo debe ser “reconceptualizada”, si no suprimida (George y Sabelli, 1994) o transformada en gestión empresarial.

Como se ve, o por sus efectos o por su lógica interna, puede decirse que el globalismo lleva a una no-política social, cuyos efectos tendrían que ser fácilmente reconocibles. En efecto, esta mezcla de “individualismo negativo” y debilitamiento buscado del Estado es, como ha indicado Castel, el nudo de la cuestión social que podría volver a hacer cierto lo de que “no hay cohesión social sin protección social” (Castel, 1995: 461-474) o que plantearía nuevas y más duras formas de desorganización social o incluso de descomposición social (Galtung, 1996: 379-413). Sin embargo, y como ya se ha dicho, el globalismo se presenta como “la única política posible”, sin alternativas. En cambio las hay y comienzan a hacerse oír.

La primera es detener la globalización: la globalización no es un proceso natural sino efecto de decisiones humanas y, como tal, puede detenerse. No digo que sea fácil, pero las propuestas ya avanzadas van desde la introducción de un impuesto para los flujos incontrolados, como ha hecho el nóbel de economía, Tobin, hasta la creación de

instituciones internacionales que realmente controlen estos flujos y empresas en términos más universalistas que los actuales Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional (Barrat, 1995 y Taylor, 1997: 145-152). Así, por lo menos, se hizo en las conclusiones y resoluciones de la llamada Cumbre Social en Copenhague. La razón para tales propuestas es el reconocimiento de los efectos devastadores que la globalización y el globalismo están teniendo sobre el tejido social mundial y local y dicho reconocimiento empieza a ser manifestado por personajes tan poco sospechosos como George Soros o Ethan Kapstein (Soros, 1997: 45-58 y Kapstein, 1996: 19-40). En todo caso, la globalización no debe dejarse ya sin ningún tipo de control: hace falta regularla y no vendría mal dedicar serios esfuerzos a saber cómo, en lugar de dedicarlos a “demostrar” que la globalización es ineludible.

La segunda consiste en reconocer el uso ideológico y propagandístico que se está haciendo del término. En su contra, y como dice Wendell Bell, en glocon, hace falta preguntarse, “si la globalización de las sociedades humanas continúa, ¿quién o qué proporcionará las normas y valores para el orden mundial? ¿cuáles serán los valores apropiados que permitirán a los pueblos de la tierra vivir juntos en paz y progreso?”. Si el fenómeno de la globalización no pertenece al reino de los fenómenos naturales, no hay por qué darlo como inevitable ni, mucho menos, como portador de valores incontrovertibles y recetas “de obligado cumplimiento”. Hace falta construir propuestas a partir de otros valores y en defensa de toda la sociedad humana y no sólo de la cosmocracia. Cuáles puedan ser esas nuevas propuestas, ya no está tan claro (Sen, 1997: 21-26) y, de nuevo, ahí se tendría que concentrar un esfuerzo importante de investigación de las instituciones académicas públicas.

La tercera reside en reforzar el Estado (Boyer, *et al.*, 1996). Nótese que, como decía Chomsky, “la retórica neoliberal se emplea de forma selectiva como un arma contra los pobres, mientras los ricos y poderosos continúan apoyándose en el poder del Estado” (Chomsky, 1993: 159). Hace falta, entonces, restituir a tal institución el carácter democrático y no oligárquico y el papel de luchar contra las desigualdades y no de agravarlas. Para ello hay algo más que los buenos deseos basados en criterios de valores o ideologías: ya hay indicaciones empíricas de que el mundo se mueve en tal dirección, siendo las más notables el Informe sobre el Desarrollo Humano 1997

del PNUD y su abogacía de un “Estado activista”, y, todavía menos sospechoso, el Informe sobre el Desarrollo 1997 del Banco Mundial, dedicado al Estado y en cuya presentación en Hong Kong los dirigentes de dicho Banco reconocieron el error de sus planteamientos anteriores sobre el “Estado mínimo”.⁵ Esta no es, como puede fácilmente imaginarse, una propuesta socialdemócrata o comunista. Es simplemente, una contrapropuesta al globalismo.

Finalmente, y bajo el neologismo de “glocalizar”, hace falta actuar localmente después de haber pensado globalmente (“toda política es local”, como decía Tip O’Neal). Pero también hace falta actuar globalmente: mediante instituciones ya existentes y mediante la creación de redes cada vez más tupidas formadas por nudos de gentes que creen que la solidaridad es un valor tan respetable como la competitividad y que la democracia es un buen sistema de gobierno, incluso a escala global (Nash, 1998: 19; Mc-Cormick y Held 1998; Turner, 1998: 25-42).

En resumen: la globalización tiene efectos directos e indirectos sobre la estructura social y sobre los niveles de bienestar que alcanzan sus miembros; sin embargo, estos aspectos sociales son los menos discutidos y, por lo general, es la economía la que pretende acaparar todas las respuestas... y todas las preguntas;⁶ la globalización, como globalismo, se convierte entonces en la legitimación de políticas no-sociales y, en realidad, en legitimación del sistema-mundo contemporáneo en la particular coyuntura actual de fase económica B y de crisis de hegemonía; finalmente, en la medida en que nada está escrito sobre el futuro de humanidad, es preciso tomar conciencia de estos procesos para procurar trascenderlos, siempre que los valores desde los que se parta sean los de la solidaridad ya que, de hacerlo

⁵ El reconocimiento de errores comienza a ser la norma. Guillermo Perry, economista en jefe para América Latina en el Banco Mundial, reconoció que los consejos del BM sobre la privatización del sector financiero de México a principios de los noventa, habían sido equivocados y que “la equivocación principal fue el énfasis casi exclusivo sobre la desregulación del sector financiero”. Ver *La Jornada*, 26 de junio, 1998, p. 19. Más arriba se ha hecho referencia al nuevo reconocimiento a propósito del “consenso de Washington”.

⁶ Ver la crítica de George Soros a este respecto en el artículo sobre la amenaza capitalista ya citado.

desde valores diferentes, por ejemplo de corte darwinista, toda esta discusión es perfectamente inútil.

jm.tortosa@ua.es

Bibliografía

- Aguirre, M. (1995), *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*, Icaria, Barcelona.
- Álvarez-Uría, F. (1992), "La nueva pobreza y los actuales retos políticos y sindicales", en *La sociedad de la desigualdad*, Donostia, Tercera Prensa.
- Amin, S. (1996), "Imperialism and Culturalism Complement Each Other", en *Monthly Review*, XLVIII, vol. 2.
- Barratt Brown, M. (1995), *Africa's Choice. After Thirty Years of the World Bank*, Londres: Penguin Books.
- Barratt Brown, M. (1998), *Comercio justo, comercio injusto*, Barcelona: Icaria.
- Beck, U. (1998), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona: Paidós Ibérica.
- Cadena Vargas, E. (1996), *Neoliberalismo y sindicalismo en México*, Colección Xinantécatl núm. 3, Toluca: UAEM.
- Casilda R y J.M. Tortosa (1996) "Malestar del Estado y Estado del Bienestar", en *Pros y contras del Estado del Bienestar*. Tecnos, Madrid.
- Castel, R. (1995), *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, Paris: Fayard.
- Chomsky, N. (1993), "World Order and its Rules: Variations on Some Themes", in *Journal of Law and Society*, XX, 2.
- Corral B.F. (1997), "Los mandamientos del subdesarrollo", *El Comercio*, 9 de junio. Quito. Ecuador.
- Dubois, A. (1997), "Una globalización sesgada", en *Mientras Tanto*, núm. 70.
- Elliott, K.A. y D. Kaufmann (1998), "Corruption and the Global Economy", in *Finance and Development*, XXXV, vol. 1.
- Evans, P.B. (1998), "The Eclipse of the State? Reflections on Stateness in an Era of Globalization", en *World Politics*, L, 1.
- Frank (1998), A.G., *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press.
- Fleury, S. (1996), "Desigualdade, violencia e exclusão: Desafios na virada do século", en *Síntesis, Revista documental de ciencias sociales iberoamericanas*, vol. 25.
- Galtung, J. (1996), "On the Social Costs of Modernization. Social Disintegration, Atomie/Anomie and Social Development", en *Development and Change*, XXVII, 2.
- George, S. (1996), "Comment la pensée devint unique", en *Le Monde diplomatique*.
- George, S. y F. Sabelli (1994), *La religión del crédito*, Barcelona: Intermón.
- George, V. (1998), "Political Ideology, Globalisation and Welfare Futures in Europe", in *Journal of Social Policy*, XXVII.
- Helleiner, E. (1994), *States and the Reemergence of Global Finance. From Bretton Woods to the 1990s*, Ithaca y Londres: Cornell University Press.

- Hobsbawm, E. (1995), *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*, Londres: Abacus.
- Inayatullah, S. (1997), "Global Transformations", in *Development*, XL.
- Kapstein, E.B. (1996), "Trabajadores y la economía mundial", en *Política Exterior*, X, 52.
- Krishnan, R., (1996), "The First Revolt Against Globalization", in *Monthly Review*, XLVIII.
- Krugman, P. y A.J. Venables (1995), "Globalization and the Inequality of Nations", en *The Quarterly Journal of Economics*, CI, 4.
- Lal, D. y H. (1996), "Myint", in *The Political Economy of Poverty, Equity and Growth. A Comparative Study*, Oxford: Clarendon Press.
- La Jornada (1998), "Zedillo por una política social eficaz, no fundamentalista", 12 de Mayo. Mexico D.F.
- León Orellana, J.B., (1997), "Estrategias ganadoras y perdedoras frente a la globalización", en VV.AA., *Identidad nacional y globalización*, ILDIS, IAEN, FLACSO. Quito.
- McCormick, J.P. y D. Held, (1998), "Democracy and the Global Order: From the Modern State to Cosmopolitan Governance", in *Constellations-An International Journal of Critical and Democratic Theory*, IV.
- Midgley, J. (1997), *Social Welfare in a Global Context*, Londres: Sage.
- Miller, M. (1995), "Where Is Globalization Taking Us? Why We Need a New 'Bretton Woods'", in *Futures*, XXVII, vol. 2.
- N. Bobbio y N. Matteucci (1981), "Ideología", en *Diccionario de política*, México: Siglo XXI Editores.
- Nash, B. Jr., (1998), "Globalizing Solidarity: Praxis and the International Labor Movement", in *Journal of World-Systems Research*, <http://csf.colorado.edu/wsystems/jwsr.html>.
- Olson, M. (1996), "Big Bills Left on the Sidewalk: Why Some Nations are Rich, and Others Poor", in *Journal of Economic Perspectives*, X, 2.
- Pérez Sáinz, J.P. (1997), "Entre lo global y lo local. Economías comunitarias en Centroamérica", en *Sociología del trabajo*, vol. 30.
- Pilger, J. (1998), *Hidden Agendas*, Londres: Vintage.
- Ramonet, I. (1995), "Pensamiento único y nuevos amos del mundo", en Chosmky, N. e I. Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Barcelona: Icaria.
- Rodríguez Peñaloza, M. (1996), "Neoliberalismo, Estado y Bienestar Social en México", en *Revista Convergencia de Ciencias Sociales*, núm. IV.
- Rodrik, D. (1998), "Has globalization gone too far?", in *Challenge - the Magazine of Economic Affairs*, XLI.
- Saladino García, A. (1994), *Indigenismo y marxismo en América Latina*, Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Sandoval Forero, E.A. (1995), "Movimiento indígena y medios de información", en *Comunicación, globalización y política*, Toluca: Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, UAEM.
- Sen, G. (1997), "Globalization, Justice and Equity: A Gender Perspective", in *Development*, XL, 2.
- Soros, G. (1997), "The Capitalist Threat", in *The Atlantic Monthly*, CCLXXIX, 2.
- Svalfors, S. (1997), "Worlds of Welfare and Attitudes to Redistributions: A Comparison of Eight Western Nations", en *European Journal of Sociology*, XIII, vol. 3.

- Tabb, W.K. (1997), "Globalization is an issue, the power of capital is the issue", in *Monthly Review*, XLIX, vol. 2.
- Taylor, L. (1997), "The Revival of the Liberal Creed - the IMF and the World Bank in a Globalized Economy", en *World Development*, XXV, 2.
- Torres Toro, M., (1997), "Definiciones de la modernización", en *Hoy*, 17 de noviembre. Quito.
- The Economist (1994), 5 de noviembre.
- Tortosa, J.M., "Globalismo, globalización y mundialización en el mundo actual", en *Estrategias de los pequeños países en un mundo globalizado*, Quito: American University y Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- _____, "Viejas y nuevas fronteras: Los mecanismos de la exclusión" en *La globalización y sus excluidos*, Murcia, próximo.
- _____, (1993), *La pobreza capitalista*, cap. 3, Madrid: Tecnos.
- _____, (1994), "Sobre el futuro del sistema-mundo capitalista", en *Sistema*, 120.
- _____, (1994), "Violencias culturales: Pronósticos y terapias", en *Revista Internacional de Sociología*, vol. 8-9.
- _____, (1995), *Corrupción*, Icaria, Barcelona.
- _____, (1996), *El patio de mi casa: El nacionalismo dentro de los límites de la mera razón*, Barcelona: Icaria.
- _____, (1996a), "Globalización, estado nacional y violencia", en *Paz y guerra en conflictos de baja intensidad: El caso colombiano*, Santa Fe de Bogotá, Programa para la Reinserción, col. Tiempos de Paz.
- _____, (1997), "Conflictos culturales y sistema mundial", en *Nacionalismo, internacionalismo. Una visión dialéctica*, Colectivo de Estudios Marxistas ed., Sevilla-Bogotá: Muñoz Moya Editor.
- _____, (1997), "El neoliberalismo ante la exclusión social", en *Iglesia viva*, 188.
- _____, (1997), "Para seguir leyendo a Wallerstein", en Wallerstein, I., *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona: Icaria.
- _____, (1998), "Globalización y diferencias culturales", V Encuentro Internacional sobre Servicios Sociales, en *Racismo y Educación para la Paz*, Valencia, Bancaixa.
- _____, (1998), "Universalismo neoliberal y particularismos socialdemócratas, desde la perspectiva del sistema mundial", en *Ecuador Debate* (Quito), núm. 43.
- _____, (1998), "El mercado como religión universalista" en *V Foro de Vitoria, Cristianismo y religión del mercado*, Vitoria.
- Turner, S. (1998), "Global Civil Society, Anarchy and Governance: Assessing an Emerging Paradigm", in *Journal of Peace Research*, XXXV.
- VV.AA. (1996), *States Against Markets. The Limits of Globalization*, R. Boyer y D. Drache eds., Nueva York, Routledge.
- VV.AA., (1996a) *Welfare States in Transition: National Adaptations in Global Economies*, G. Sping-Andersen ed., Londres, Sage y Ginebra, UNRISD.